

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

El testimonio de Dios y el ministrar de la vida divina (Mensaje 11)

Lectura bíblica: 1 Jn. 5:6-17

- I. El testimonio de Dios es el testimonio que da el agua, la sangre y el Espíritu de que Jesús es el Hijo de Dios—1 Jn. 5:6-10:
 - A. A fin de entender el significado del misterio que encierra el agua, la sangre y el Espíritu, tenemos que entender el pensamiento central de 1 Juan:
 1. El pensamiento central de 1 Juan consiste en que Dios en Su Hijo como Espíritu ha entrado en nosotros a fin de ser nuestra vida; esta vida nos introduce en una comunión corporativa con el Dios Triuno y con los demás creyentes, y esta comunión es la vida de iglesia—1:1-7.
 2. Este pensamiento central gira en torno al Hijo de Dios—3:8; 4:9, 15; 5:5:
 - a. El título *el Hijo de Dios* implica la impartición de la vida divina—vs. 11-12.
 - b. El Hijo de Dios se manifestó con el propósito de impartir la vida divina—4:9.
 - c. Mediante el agua, la sangre y el Espíritu se dio testimonio de la verdadera identidad de Jesús: que Él es el Hijo de Dios—5:5-9.
 - B. El bautismo de Jesús por agua (Mt. 3:16-17; Jn. 1:31), la sangre que Él derramó en la cruz (19:31-35; Mt. 27:50-54), y el Espíritu que Él da sin medida (Jn. 1:32-34; 3:34), dan testimonio de que Jesús, el hombre de Nazaret, es el Hijo de Dios; mediante estos tres, Dios ha testificado que Jesús es Su Hijo dado a nosotros (1 Jn. 5:7-10) a fin de en Él que recibamos Su vida eterna al creer en Su nombre (vs. 11-13; Jn. 3:16, 36; 20:31):
 1. El agua se refiere al bautismo del Señor Jesús—1 Jn. 5:6, 8; Mt. 3:16-17:

- a. Jesús se manifestó por primera vez como Hijo de Dios cuando fue bautizado por Juan—Jn. 1:31-34.
 - b. Después que Jesús fue bautizado y subió de las aguas de la muerte, el Espíritu de Dios descendió sobre Él como paloma, y Juan testificó que Él era Hijo de Dios—vs. 32, 34.
 - c. Una voz que salió del cielo dio testimonio que éste era el Hijo amado de Dios—Mt. 3:17.
2. La sangre se refiere a la sangre del Señor Jesús, que Él derramó en la cruz para redimirnos—1 Jn. 5:6, 8:
 - a. Ciertos resultados muy especiales acontecieron en la crucifixión de Cristo—Mt. 27:51-53.
 - b. El centurión y los que con él guardaban a Jesús temieron en gran manera y dijeron: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios”—v. 54.
 3. El Espíritu, quien es la verdad, la realidad, nos da testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios, en quien está la vida eterna; al testificar de esta manera, Él nos imparte al Hijo de Dios a fin de que sea nuestra vida—1 Jn. 5:6, 8; Jn. 14:16-17; 15:26; Col. 3:4.
 4. Jesús se manifestó públicamente como Hijo de Dios por medio del agua del bautismo, por medio de la sangre que Él derramó en la cruz, y por medio del Espíritu; es en virtud de estos tres medios que Dios presentó a Su Hijo a los hombres para que ellos crean en Él y tengan vida eterna—Jn. 3:15-16; 20:31; 1 Jn. 5:9-13.
- C. El agua es para dar fin, la sangre es para redimir, y el Espíritu es para germinar; a nosotros los creyentes se nos ha dado fin, hemos sido redimidos y se nos hizo germinar, y ahora estamos en la vida de iglesia apropiada, una vida que nos da fin, nos redime y nos hace germinar—Hch. 2:38, 42; 1 Co. 2:2; 10:16-17.
 - D. El testimonio de Dios no sólo testifica que Jesús es el Hijo de Dios, sino también testifica que Dios nos da vida eterna, la cual está en Su Hijo—1 Jn. 5:10-13:
 1. Puesto que la vida eterna está en el Hijo, si tenemos al Hijo, tenemos vida eterna—vs. 11-12.
 2. Dios testificó acerca de Su Hijo, a fin de que creamos en Su Hijo y tengamos Su vida divina; si creemos en Su

- Hijo, recibiremos y tendremos Su testimonio en nosotros—v. 10.
3. Las palabras escritas en las Escrituras les aseguran a los creyentes, quienes creen en el nombre del Hijo de Dios, que ellos tienen vida eterna—v. 13.
- II. En 1 Juan 5:14-17 hay un indicio de que no sólo poseemos la vida eterna y la disfrutamos, sino que también podemos ministrar esta vida a otros miembros del Cuerpo:
 - A. Los versículos del 14 al 17 nos muestran que la vida eterna que poseemos en nuestro ser es capaz de vencer la muerte tanto en nosotros como en los demás miembros de la iglesia.
 - B. El versículo 16 es el único versículo de la Biblia que hace referencia al ministrar de vida:
 1. Ministrar vida equivale a impartir vida.
 2. Cuando tenemos vida en exceso, de esta abundancia podremos ministrar vida a los demás—v. 16.
 - C. El versículo 14 menciona la oración en la comunión de la vida eterna:
 1. Debemos pedir conforme a la voluntad de Dios, y no regidos por nuestra manera habitual de proceder, ni por nuestro deseo o preferencia.
 2. La oración que es conforme a la voluntad de Dios indica que la persona que ora permanece en la comunión de la vida divina y también en el Señor, y por tanto, ella es verdaderamente uno con el Señor—Jn. 15:4-5.
 3. El saber mencionado en 1 Juan 5:15 está basado en el hecho de que después de recibir la vida divina, permanecemos en el Señor y somos uno con Él en nuestras oraciones a Dios en Su nombre—Jn. 15:7, 16; 16:23-24.
 4. En 1 Juan 5:16 el sujeto de la frase *pedirá y le dará vida* se refiere a la misma persona, o sea, a aquel que ve a su hermano cometer pecado y hace petición a favor de él:
 - a. Aquel que pide por su hermano, por ser alguien que permanece en el Señor y es uno con Él (1 Co. 6:17), se convierte en el medio, el canal, por el cual el Espíritu vivificante de Dios otorga vida al hermano por el cual oró.
 - b. Esto está relacionado con la ministración de la vida en la comunión de la vida divina.

5. El punto crucial consiste en que si queremos orar en beneficio de un hermano conforme a lo descrito en 1 Juan 5:16, tenemos que ser uno con el Señor—Jn. 15:7.
- D. Si hemos de ser aquellos que dan, imparten, vida a los demás, es indispensable que permanezcamos en la vida divina, que vivamos y andemos en ella, y tengamos todo nuestro ser en la vida divina—1 Jn. 1:1-7.
- E. Únicamente aquellos que son profundos en el Señor podrán tener la experiencia descrita en 5:14-17:
 1. Tenemos que experimentar y disfrutar la vida eterna que se halla en nuestro interior, y tenemos que ministrar esta vida al ser canales mediante los cuales la vida eterna fluye a otros miembros del Cuerpo.
 2. Si hemos de ser un canal por medio del cual la vida eterna fluye a los demás, debemos ser profundos en el Señor y debemos conocer lo que está en el corazón del Señor al estar nosotros colocados en Su corazón—Sal. 25:14; Gn. 18:17, 22-33; Am. 3:7.

MENSAJE ONCE

EL TESTIMONIO DE DIOS Y EL MINISTRAR DE LA VIDA DIVINA

Oración: Señor Jesús, límpianos nuevamente con Tu sangre preciosa y prevaleciente. Señor, necesitamos que vengas a nosotros como luz para que alumbres nuestros ojos internos. Danos un espíritu de sabiduría y de revelación a fin de que podamos ver. Danos, además, las palabras para que podamos hablar. Por causa de todas estas cosas tenemos una profunda necesidad de Ti, ya que estamos tratando de decir lo increíble, de entender lo que no se puede entender, y de apreciar profundamente las cosas divinas insondables y profundas. Concédenos Tu dulce unción. Señor, te pedimos que estés con nosotros.

En este mensaje deseamos ver dos asuntos misteriosos e importantes revelados en 1 Juan. Estos dos asuntos no son fáciles de entender, y ambos han sido malinterpretados históricamente. Agradecemos al Señor que este ministerio, que se encuentra sobre los hombros de aquellos que nos han precedido, nos ha abierto estos dos misterios claramente en estos últimos días. El primer misterio es el testimonio de Dios, el cual es el testimonio de tres: el agua, la sangre y el Espíritu. El segundo asunto misterioso es el ministrar de la vida, o como Juan lo llama, el dar vida. El hecho de dar vida en este misterio no se trata de algo que Dios imparte al hombre, sino de algo que el hombre da al hombre. Estos dos asuntos son extremadamente misteriosos.

Cuando algo es misterioso, se relaciona con una verdad o incluso es una verdad que únicamente puede ser conocida mediante revelación y no puede ser entendida en su totalidad. Si hemos de entender estas verdades misteriosas, necesitamos revelación. Si queremos entender estos misterios, no podemos confiar en nuestra mente. Incluso cuando logramos ver dichos misterios, debemos reconocer humildemente que todavía no logramos comprenderlos por completo. Esto se debe a que por mucho que veamos al respecto, nunca seremos capaces de entenderlos cabalmente a menos que dejen de ser misterios.

Por considerar estos misterios, estaríamos en lo correcto si nos

llamáramos a nosotros mismos místicos. Un místico es alguien que posee una realidad espiritual que ni es aparente para los sentidos ni es obvia para el intelecto; es una realidad que conlleva una comunión individual, directa y subjetiva con Dios, quien es la máxima realidad. Si nos hallamos en estas realidades divinas, esto nos hace verdaderos místicos. No debemos tener miedo de las palabras *misterioso* y *místico*. Tampoco deberíamos pensar que las cosas que estamos abarcando en estos mensajes son demasiado profundas, demasiado elevadas, o demasiado misteriosas. Se supone que la revelación divina es misteriosa

**EL TESTIMONIO DE DIOS ES EL TESTIMONIO
QUE DA EL AGUA, LA SANGRE Y EL ESPÍRITU
DE QUE JESÚS ES EL HIJO DE DIOS**

El testimonio de Dios es el testimonio que da el agua, la sangre y el Espíritu de que Jesús es el Hijo de Dios (1 Jn. 5: 6-10). En 1 Juan 5:5-13 se nos dice:

¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Éste es Aquel que vino mediante agua y sangre: Jesucristo; no solamente por el agua, sino por el agua y por la sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la realidad. Porque tres son los que dan testimonio: El Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres tienden a lo mismo. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque éste es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de Su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de Su Hijo. Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en Su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna.

Según este pasaje, el testimonio de Dios consiste, primero, en que Jesús es Su Hijo y, segundo, en que Dios nos dio vida eterna y que esta vida está en Su Hijo (vs. 5, 11).

A través de los siglos muchos estudiosos de la Biblia se han sentido desconcertados por este pasaje de 1 Juan 5 con respecto al agua, a la sangre y al Espíritu. Un estudiante prominente de la Biblia llegó al

extremo de confesar, cuando llegó a este punto de las Escrituras, que desconocía el significado de esto. Existen varias escuelas de enseñanza acerca de este testimonio. Una de ellas enseña erróneamente que el agua y la sangre hallada en los versículos 6 y 8 se refieren al agua y la sangre que fluyó del Señor en la cruz, de Su costado traspasado (Jn. 19:34). A pesar de las varias interpretaciones que existen acerca del agua, de la sangre y del Espíritu, nosotros creemos que hemos recibido la interpretación y el entendimiento apropiados en cuanto a estos asuntos. Estos tres —el agua, la sangre y el Espíritu— son necesarios para el testimonio único de Dios. De hecho, 1 Juan 5:8 establece que “estos tres tienden a lo mismo”, es decir, convergen en una sola cosa. Su fruto, Su resultado, único es el testimonio de Dios.

**A fin de entender el significado del misterio
que encierra el agua, la sangre y el Espíritu,
tenemos que entender el pensamiento central de 1 Juan**

A fin de entender el significado del misterio que encierra el agua, la sangre y el Espíritu, tenemos que entender el pensamiento central de 1 Juan. Al considerar estas tres cosas, no debemos inspeccionar los árboles sin antes habernos detenido a ver el bosque. Si comprendemos el pensamiento central de 1 Juan, seremos capaces de entender el misterio del agua, de la sangre y del Espíritu.

*El pensamiento central de 1 Juan
consiste en que Dios en Su Hijo como Espíritu
ha entrado en nosotros a fin de ser nuestra vida;
esta vida nos introduce en una comunión corporativa
con el Dios Triuno y con los demás creyentes,
y esta comunión es la vida de iglesia*

El pensamiento central de 1 Juan consiste en que Dios en Su Hijo como el Espíritu ha entrado en nosotros a fin de ser nuestra vida; esta vida nos introduce en una comunión corporativa con el Dios Triuno y con los demás creyentes, y esta comunión es la vida de iglesia (1:1-7).

Este pensamiento central gira en torno al Hijo de Dios

*El título el Hijo de Dios
implica la impartición de la vida divina*

Este pensamiento central gira en torno al Hijo de Dios (3:8; 4:9, 15;

5:5). El título *el Hijo de Dios* implica la impartición de la vida divina (vs. 11-12). Dentro del pensamiento central hay un enfoque, el cual es el Hijo de Dios. Hablar de un hijo implica hacer alusión a la impartición de vida, ya que a fin de que un padre engendre un hijo, él debe impartir su vida.

*El Hijo de Dios se manifestó
con el propósito de impartir la vida divina*

El Hijo de Dios se manifestó con el propósito de impartir la vida divina. En 1 Juan 4:9 leemos: “En esto se manifestó entre nosotros el amor de Dios, en que Dios envió a Su Hijo unigénito al mundo, para que tengamos vida y vivamos por Él”. Este versículo concuerda con Juan 10:10b, donde el Señor Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”. Estos versículos demuestran que el Hijo de Dios se manifestó con el propósito de impartir la vida divina.

*Mediante el agua, la sangre y el Espíritu
se dio testimonio de la verdadera identidad de Jesús:
que Él es el Hijo de Dios*

Mediante el agua, la sangre y el Espíritu se dio testimonio de la verdadera identidad de Jesús: que Él es el Hijo de Dios (1 Jn. 5:5-9). Hoy en día, es bien fácil para nosotros decir que Jesús es el Hijo de Dios. No obstante, si hubiéramos estado entre los judíos que vieron a Jesús en la carne, hubiera sido muy difícil para nosotros decir que esta pequeña y poco atractiva raíz de tierra seca, el hijo de un carpintero, era Hijo de Dios (Is. 53:2-3; Mt. 13:55). En aquel tiempo y bajo aquella situación, ¿qué hubiera revelado Su verdadera identidad? ¿Qué nos hubiera demostrado que Él era el verdadero Hijo de Dios? Por tanto, existía la necesidad del testimonio. Ésta es la razón por la cual el Evangelio de Juan muchas veces hace mención de la palabra *testimonio*. Tan solo Juan 5 contiene un testimonio cuádruple: el testimonio de Juan el bautista, el testimonio de la obra del Hijo, el testimonio del Padre, y el testimonio de las Escrituras (vs. 31-47). Cristo necesitaba un testimonio. El testimonio de Cristo comenzó en aquel entonces, pero no ha terminado. Aun hoy Cristo necesita un testimonio. Por tanto, nosotros somos el testimonio de Jesús en la actualidad (Ap. 20:4). Estamos aquí dando testimonio a todo el universo y a todos los seres humanos que Jesús es el Hijo de Dios. El agua, la sangre y el Espíritu dieron

testimonio de que este Jesús, este pequeño nazareno, era verdaderamente el Hijo de Dios.

**El bautismo de Jesús por agua,
la sangre que Él derramó en la cruz,
y el Espíritu que Él da sin medida,
dan testimonio de que Jesús, el hombre de Nazaret,
es el Hijo de Dios; mediante estos tres,
Dios ha testificado que Jesús es Su Hijo dado a nosotros
a fin de que en Él recibamos
Su vida eterna al creer en Su nombre**

El bautismo de Jesús por agua (Mt. 3:16-17; Jn. 1:31), la sangre que Él derramó en la cruz (19:31-35; Mt. 27:50-54), y el Espíritu que Él da sin medida (Jn. 1:32-34; 3:34), dan testimonio de que Jesús, el hombre de Nazaret, es el Hijo de Dios; mediante estos tres, Dios ha testificado que Jesús es Su Hijo dado a nosotros (1 Jn. 5:7-10) a fin de que en Él recibamos Su vida eterna al creer en Su nombre (vs. 11-13; Jn. 3:16, 36; 20:31). El bautismo de Jesús por agua, fue lo primero que dio testimonio de que Jesús, el hombre de Nazaret, era el Hijo de Dios. Esta agua no es el agua que brotó de Su costado al momento de ser herido en la cruz; más bien, es el agua de Su bautismo cuando estaba a punto de comenzar Su ministerio público. Luego, después del bautismo del Señor por agua, el Padre declaró: “Éste es Mi Hijo, el Amado” (Mt. 3:17). Segundo, la sangre que Él derramó en la cruz dio testimonio de que Él era el Hijo de Dios. Esto ocurrió al final de Su ministerio terrenal cuando fue clavado en la cruz. La sangre que derramó fue un testimonio sólido de que Jesús era el Hijo de Dios. Juan 19:34-35 dice: “Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio dio testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis”. El Espíritu que Cristo el Hijo dio sin medida fue el tercero que dio testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios. Juan 1:33-34 dice: “Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre Él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios”. Mediante estos tres, Dios ha testificado que Jesús es el Hijo de Dios que nos ha sido dado.

Dios no envió a Cristo sin un testimonio, sino que proveyó un testimonio triple. El primer testimonio fue realmente el testimonio de los hombres (1 Jn. 5:9). A pesar de que existe un lugar para el testimonio

de los hombres, este testimonio no es tan grande como el testimonio de Dios. Por tanto, mientras que Juan vino para dar testimonio con respecto a la luz, su testimonio era débil e incompleto porque éste era meramente un testimonio humano (Jn. 1:6-8, 31, 33). El testimonio más confiable y completo es el testimonio del agua, de la sangre y del Espíritu. Dios usó estos tres para dar testimonio al hombre de que Jesús es el Hijo de Dios, y de que este Hijo fue dado a nosotros como vida eterna, a fin de que creamos en Él y tengamos vida eterna.

Nosotros sabemos que es bueno decir “Amén” al testimonio de otro. Cuánto más deberíamos afirmar el testimonio de Dios. El testimonio de Dios es que Jesús es el Hijo de Dios, que Dios nos lo ha dado como vida eterna, y que cualquiera que crea en Su nombre recibirá esta vida. Bienaventurados los que dicen “Amén” al testimonio de Dios. Aquellos que dicen “Amén” a este testimonio declaran que Dios es verdadero; aquellos que no dicen “Amén” a este testimonio hacen que Dios sea mentiroso “porque no han creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de Su Hijo” (1 Jn. 5:10). Puesto que Dios es verdadero, debemos aprender a decir “Amén” a Su testimonio. Cristo es el Amén, el Fiel y el Testigo verdadero (2 Co. 1:20; Ap. 3:14). A Él le decimos “Amén”. Puesto que uno de los nombres del Señor es Amén, decir “Amén” varias veces nos fortalecerá. En lugar de decir: “¡Ay de mí!”, deberíamos decir: “¡Amén!”. Aun si nos hallamos en una condición pobre, debemos decir: “Amén. Dios es verdadero y todo lo demás es mentira. El medio ambiente es una mentira. Yo soy una mentira, mientras que Dios es verdadero y Su testimonio es verdadero. Jesús es el Hijo de Dios, y Dios me lo ha dado como vida eterna. Amén. Yo honro a Dios, Él es verdadero”.

El agua se refiere al bautismo del Señor Jesús

*Jesús se manifestó
por primera vez como Hijo de Dios
cuando fue bautizado por Juan*

El agua se refiere al bautismo del Señor Jesús (1 Jn. 5:6, 8; Mt. 3:16-17). Jesús se manifestó por primera vez como Hijo de Dios cuando fue bautizado por Juan (Jn. 1:31-34). Juan el Bautista dijo: “Yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando en agua” (v. 31). Este versículo indica que mientras que el testimonio del hombre es débil —Juan dijo que no conocía a Jesús— el testimonio de Dios por el agua del bautismo es sólido.

*Después que Jesús fue bautizado y subió de las aguas de la muerte,
el Espíritu de Dios descendió sobre Él como paloma, y Juan
testificó que Él era Hijo de Dios*

Después que Jesús fue bautizado y subió de las aguas de la muerte, el Espíritu de Dios descendió sobre Él como paloma, y Juan testificó que Él era Hijo de Dios. El versículo 32 dice: “Dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre Él”. El versículo 34 dice: “Yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios”.

*Una voz que salió del cielo dio testimonio
que éste era el Hijo amado de Dios*

Una voz que salió del cielo dio testimonio que éste era el Hijo amado de Dios (Mt. 3:17). El que Jesús fuera bautizado por agua era necesario no sólo para que Él cumpliera la justicia de Dios, sino también para que Dios pudiera dar testimonio de que Jesús era Su Hijo. Por lo tanto, cuando Jesús subió del agua, “los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre Él. Y he aquí, hubo una voz de los cielos, que decía: Éste es Mi Hijo, el Amado, en quien tengo complacencia” (vs. 16-17). El testimonio respecto a Cristo es tan importante que Dios mismo habló de forma audible, de manera que los hombres pudieran escuchar.

*La sangre se refiere a la sangre del Señor Jesús,
que Él derramó en la cruz para redimirnos*

La sangre se refiere a la sangre del Señor Jesús, que Él derramó en la cruz para redimirnos (1 Jn. 5:6, 8). La sangre es lo segundo que Dios usa para dar testimonio acerca de Su Hijo.

*Ciertos resultados muy especiales
acontecieron en la crucifixión de Cristo*

Ciertos resultados muy especiales acontecieron en la crucifixión de Cristo. Mateo 27:51-53 relata estos resultados: “He aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Él, entraron en la santa ciudad, y aparecieron a muchos”.

*El centurión y los que con él guardaban a Jesús temieron en gran manera y dijeron:
“Verdaderamente éste era Hijo de Dios”*

El centurión y los que con él guardaban a Jesús temieron en gran manera y dijeron: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios” (v. 54). Todos los eventos sobrenaturales que acontecieron cuando Cristo estaba siendo crucificado constituyeron la manera de la cual Dios se valió para dar el testimonio de que Aquel que estaba siendo crucificado no era una persona común y que Su muerte no era una muerte común. Esa persona era el Hijo de Dios, y esa muerte era la muerte del Hijo de Dios.

*El Espíritu, quien es la verdad, la realidad,
nos da testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios,
en quien está la vida eterna; al testificar de esta manera,
Él nos imparte al Hijo de Dios a fin de que sea nuestra vida*

El Espíritu, quien es la verdad, la realidad, nos da testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios, en quien está la vida eterna; al testificar de esta manera, Él nos imparte al Hijo de Dios a fin de que sea nuestra vida (1 Jn. 5:6, 8; Jn. 14:16-17; 15:26; Col. 3:4). En 1 Juan 5 el agua y la sangre se mencionan de cierta manera, mientras que el Espíritu se menciona de una manera un poco diferente. Con respecto al agua y a la sangre, el versículo 6 dice que Jesús vino “mediante agua y sangre” y “por el agua y por la sangre”. Con respecto al Espíritu, el mismo versículo dice que “el Espíritu es el que da testimonio”. Este Espíritu que da testimonio no sólo dio testimonio cuando Jesús estuvo en la tierra, sino que hoy día sigue dando testimonio. Una de las funciones que cumple el Espíritu es la de dar testimonio en los corazones de los hombres de que Jesús es el Hijo de Dios. Sin la obra de dar testimonio efectuada por el Espíritu, no podríamos creer en el evangelio. En Juan 15:26 el Señor Jesús declaró: “Cuando venga el Consolador, a quien Yo os enviaré del Padre, el Espíritu de realidad, el cual procede del Padre, Él dará testimonio acerca de Mí”. El Espíritu es Aquel que fue llamado por el Señor el “otro Consolador” (14:16). Por tanto, el Espíritu como otro Consolador da testimonio respecto a Cristo, quien es el primer Consolador. El Espíritu siempre da testimonio con respecto a Cristo del mismo modo en que las Escrituras dan testimonio acerca de Él (5:39). Por lo cual, tanto las Escrituras que están fuera de nosotros como el Espíritu dentro de

nosotros, dan testimonio en cuanto a Cristo. Es mediante este Espíritu que somos guiados a toda la realidad, la cual es simplemente Cristo mismo.

*Jesús se manifestó públicamente como Hijo de Dios
por medio del agua del bautismo,
por medio de la sangre que Él derramó en la cruz,
y por medio del Espíritu; es en virtud de estos tres medios
que Dios presentó a Su Hijo a los hombres
para que ellos crean en Él y tengan vida eterna*

Jesús se manifestó públicamente como Hijo de Dios por medio del agua del bautismo, por medio de la sangre que Él derramó en la cruz, y por medio del Espíritu; es en virtud de estos tres medios que Dios presentó a Su Hijo a los hombres para que ellos crean en Él y tengan vida eterna (Jn. 3:15-16; 20:31; 1 Jn. 5:9-13). La razón por la cual Dios tan atentamente da testimonio en estos días se debe a que Él quiere que todos los pecadores y todos los hombres crean para que tengan vida eterna y puedan cumplir el propósito que tiene Dios de impartirse en todos los hombres como vida. Es este Espíritu que da testimonio, Aquel que Dios “ha dado [...] a los que le obedecen” (Hch. 5:32).

**El agua es para dar fin, la sangre es para redimir,
y el Espíritu es para germinar; a nosotros los creyentes
se nos ha dado fin, hemos sido redimidos y
se nos hizo germinar, y ahora estamos
en la vida de iglesia apropiada, una vida que nos da fin,
nos redime y nos hace germinar**

El agua es para dar fin, la sangre es para redimir, y el Espíritu es para germinar; a nosotros los creyentes se nos ha dado fin, hemos sido redimidos y se nos hizo germinar, y ahora estamos en la vida de iglesia apropiada, una vida que nos da fin, nos redime y nos hace germinar (Hch. 2:38, 42; 1 Co. 2:2; 10:16-17). El agua, la sangre y el Espíritu no solamente tienen como fin que Dios tenga un testimonio de Sí mismo, sino que nosotros mismos lleguemos a ser el testimonio de Dios. Podemos llegar a ser el testimonio de Dios cuando nuestro hombre caído y natural llegue a su fin; podemos llegar a ser el testimonio de Dios mediante la redención, la cual consiste en que hayamos sido comprados y sacados de la vieja creación con el fin de llegar a ser el hombre que Dios necesita para cumplir Su propósito; y podemos llegar a ser el

testimonio de Dios mediante la germinación, la cual consiste en que seamos germinados como nueva creación. Mediante este proceso podemos ser el testimonio de Jesús en la vida de iglesia apropiada. Hoy tenemos que llevar una vida en la cual se nos ha dado fin, hemos sido redimidos y se nos ha hecho germinar.

**El testimonio de Dios no sólo testifica
que Jesús es el Hijo de Dios,
sino también testifica que Dios
nos da vida eterna, la cual está en Su Hijo**

El testimonio de Dios no sólo testifica que Jesús es el Hijo de Dios, sino también testifica que Dios nos da vida eterna, la cual está en Su Hijo (1 Jn. 5:10-13). Necesitamos recordar estas dos partes del testimonio de Dios.

*Puesto que la vida eterna está en el Hijo,
si tenemos al Hijo, tenemos vida eterna*

Puesto que la vida eterna está en el Hijo, si tenemos al Hijo, tenemos vida eterna (vs. 11-12). La vida no es un paquete ni una cosa, sino una persona.

*Dios testificó acerca de Su Hijo, a fin de que creamos en Su Hijo
y tengamos Su vida divina; si creemos en Su Hijo,
recibiremos y tendremos Su testimonio en nosotros*

Dios testificó acerca de Su Hijo, a fin de que creamos en Su Hijo y tengamos Su vida divina; si creemos en Su Hijo, recibiremos y tendremos Su testimonio en nosotros (v. 10). Tenemos el testimonio de Dios tanto por fuera como por dentro de nosotros. Nosotros, quienes hemos creído en el Señor, tenemos el testimonio en nosotros. Este testimonio se encuentra dentro de nosotros, es nuestro. Romanos 8:16 dice: “El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”. La nota 1 de este versículo dice: “No es que el Espíritu da testimonio y también nuestro espíritu, sino que el Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu. Esto indica que nuestro espíritu debe tomar la iniciativa de dar testimonio primero; luego el Espíritu dará testimonio juntamente con nuestro espíritu”. Actualmente nuestro espíritu porta un testimonio. En nosotros tenemos el testimonio de que somos hijos de Dios, porque tenemos la vida eterna de Dios.

*Las palabras escritas en las Escrituras
les aseguran a los creyentes,
quienes creen en el nombre del Hijo de Dios,
que ellos tienen vida eterna*

Las palabras escritas en las Escrituras les aseguran a los creyentes, quienes creen en el nombre del Hijo de Dios, que ellos tienen vida eterna. En 1 Juan 5:13 se nos dice: “Estas cosas os he escrito a vosotros los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna”. Cuando Juan escribió: “Estas cosas os he escrito a vosotros”, el hacía alusión a lo que había escrito antes en la misma epístola. No solamente tenemos al Espíritu llevando el testimonio en nosotros, sino que además tenemos la Biblia, la Palabra de Dios, que lleva el testimonio por fuera de nosotros y nos asegura que tenemos la vida eterna. El evangelio no sólo consiste en que tengamos vida eterna, sino que también la conozcamos.

El hermano Lee dice: “Las palabras de la Biblia son las arras de la vida eterna. La Biblia también es el título de propiedad de nuestra salvación” (*Estudio-vida de 1 Juan*, pág. 344). Tenemos una promesa, un título de propiedad y una garantía. Cuando alguien venga a cuestionarnos al respecto, podemos comprobar lo que decimos con esto. Tenemos una gran prueba en nuestras manos. Sabemos que tenemos vida eterna porque lo dice la Biblia. Cuando era joven, temía perder mi fe. Entonces, un día leí el folleto del hermano Lee *La certeza, seguridad y gozo de la salvación*. Allí él hace énfasis en que podamos *saber* (págs. 1-2). Rebosé de alegría al ver que no sólo tengo vida eterna, sino que también puedo saber que la tengo. Podemos saberlo, no por nuestros pensamientos volubles, o por nuestras emociones que suben y bajan, sino por la palabra de Dios que es eternamente inmutable. Debemos creer en la Palabra de Dios, la Biblia. Ésta es la prueba viviente de que tenemos la vida eterna.

**EN 1 JUAN 5:14-17 HAY UN INDICIO DE QUE
NO SÓLO POSEEMOS LA VIDA ETERNA Y LA DISFRUTAMOS,
SINO QUE TAMBIÉN PODEMOS MINISTRAR ESTA VIDA
A OTROS MIEMBROS DEL CUERPO**

En 1 Juan 5:14-17 hay un indicio de que no sólo poseemos la vida eterna y la disfrutamos, sino que también podemos ministrar esta vida a otros miembros del Cuerpo. El versículo 11 dice: “Dios nos ha dado vida eterna”, el versículo 12 dice que tenemos la vida, y el versículo 13

dice que podremos saber que tenemos la vida eterna. Luego, el versículo 16 dice que podemos dar esta vida a un hermano. Que podamos dar vida a un hermano es algo asombroso, incomprendible y maravilloso. En el versículo 11 Dios el Padre es el que da vida, en Juan 10:28 Cristo el Hijo es el que da vida, en Romanos 8:11 el Espíritu es el que da vida, y en 1 Juan 5:16 nosotros damos vida. Esto nos muestra una incorporación de cuatro en uno. Si estamos afuera de esta incorporación, no tenemos manera de dar vida. No tenemos vida en nosotros mismos, pero ahora que hemos sido incorporados a Aquel que es la vida eterna, podemos dar vida. No podemos dar vida de la manera en que Dios la da. No obstante, la Palabra dice que podemos dar vida.

Lo que la iglesia necesita no es más religión, enseñanzas o doctrina, sino más vida. El Padre, el Hijo y el Espíritu dan vida, pero nosotros también somos un canal particular que puede dar vida. Esto nos muestra que el propósito de esta epístola no consiste en meramente mostrar que podemos obtener la vida eterna por fe, sino que también nos revela que podemos saber que tenemos la vida y que podemos dársela a otro miembro del Cuerpo. Juan dice: “Amamos a los hermanos” (1 Jn. 3:14). Amar a los hermanos no significa amarlos sólo de palabra, sino también ministrarles a Cristo como vida.

La vida eterna que está en nosotros es misteriosa y mística, pero cuando se trata de dar vida a otro hermano, se convierte en algo real y práctico. Por un lado, disfrutamos la vida divina que está en nosotros, pero por otro, podemos comunicar esta vida a los que nos rodean.

**Los versículos del 14 al 17 de 1 Juan 5
nos muestran que la vida eterna que poseemos en nuestro ser
es capaz de vencer la muerte tanto en nosotros
como en los demás miembros de la iglesia**

Los versículos del 14 al 17 nos muestran que la vida eterna que poseemos en nuestro ser es capaz de vencer la muerte tanto en nosotros como en los demás miembros de la iglesia. Necesitamos la vida porque existe una gran cantidad de muerte que necesita ser tragada. La oración que se ofrece por otro miembro del Cuerpo, mencionada en los versículos del 14 al 17, no tiene como fin primordial obtener una sanidad divina, como lo interpretan la mayoría de las personas. Estos versículos dicen: “Ésta es la confianza que tenemos ante Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que

le hayamos hecho. Si alguno ve a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y le dará vida; a saber, a los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte”.

**El versículo 16 es el único versículo de la Biblia
que hace referencia al ministrar de vida**

El versículo 16 es el único versículo de la Biblia que hace referencia al ministrar de vida. Es posible que sepamos que el Espíritu da vida, pero necesitamos ver que nosotros también damos vida. Que el Señor purifique este canal para que podamos ser personas que dan vida.

Ministrar vida equivale a impartir vida

Ministrar vida equivale a impartir vida. La impartición de vida se realiza en la comunión de la vida divina. El hecho de impartir la vida los unos a los otros, implica que existe cierta comunión. La circulación de la vida entre nosotros es la comunión horizontal. Sin embargo, primero debe haber comunión vertical, la cual se realiza cuando buscamos la voluntad de Dios y somos uno con ella, para poder ser capaces de dar vida a otros.

*Cuando tenemos vida en exceso,
de esta abundancia podremos ministrar vida a los demás*

Cuando tenemos vida en exceso, de esta abundancia podremos ministrar vida a los demás (v. 16). Si escasamente tenemos vida en nosotros, no tendremos nada que dar a otros. Necesitamos vida en exceso, y necesitamos ministrar a partir de este excedente.

**El versículo 14 menciona la oración
en la comunión de la vida eterna**

El versículo 14 menciona la oración en la comunión de la vida eterna. Ésta es una clase de oración especial, una oración que imparte vida. Necesitamos desesperadamente esta clase de oración en las iglesias locales, no meramente para sanar sino para dar vida.

El versículo 14 comienza con la palabra *y*, la cual conecta este pasaje con el pasaje anterior. Esto muestra que no es suficiente que Dios nos dé vida. La palabra *y* da a entender que Dios no desea que la vida se detenga en nosotros. Para que el agua entre por una manguera, necesita salir por el otro extremo de la misma.

En 1 Juan 2:28; 3:19-21; y 5:14 se nos habla acerca de la confianza. Para poder hacer una oración que imparta vida, necesitamos tener confianza. La palabra *confianza* significa “tener audacia y seguridad para hablar”. Aun lo que digamos debe ser con confianza. No debemos presentarnos tímidamente ante Dios, sino que debemos acercarnos en plena certidumbre de fe al trono de la gracia (He. 4:16), purificados los corazones con la aspersión de la sangre (10:22), para hacer oraciones que impartan vida. Necesitamos estar en comunión con Dios y tener una conciencia libre de ofensa, para que podamos tener la plena certidumbre de que Él nos escuchará. Para tener la confianza de contactar a Dios se requiere una conciencia limpia, pura y buena en nuestro corazón. Las ofensas que tenemos en nuestra conciencia nos condenan y son un obstáculo para nuestra oración. Los jóvenes necesitan aprender a tratar con su conciencia, no sólo por el bien de ellos mismos, sino para que la vida pueda fluir a través de ellos hacia los demás. De esa manera, la oración que imparte vida podrá ser expresada por nosotros con confianza y será escuchada por Dios. Necesitamos limpiar el canal en nuestro ser, al purificar nuestra conciencia, a fin de que podamos tener confianza con Dios. Muchas veces nuestra oración es hecha sin confianza; es vergonzosa, tímida e incrédula. Sin embargo, tenemos la sangre de Jesús. Necesitamos tomar esta sangre, aplicarla a nuestra conciencia y orar oraciones que impartan vida.

*Debemos pedir conforme a la voluntad de Dios,
y no regidos por nuestra manera habitual de proceder,
ni por nuestro deseo o preferencia*

Debemos pedir conforme a la voluntad de Dios, y no regidos por nuestra manera habitual de proceder, ni por nuestro deseo o preferencia. Muchas de nuestras oraciones no son oraciones de petición y no hay nada malo en esto. Ofrecemos oraciones de comunión, de contemplación, de meditación, de acción de gracias y de alabanza. Necesitamos todas estas oraciones, pero la oración que imparte vida es una oración en la que se pide. Juan usa la palabra *pedir* muchas veces en su Evangelio y en sus Epístolas (Jn. 14:13-14; 15:7; 1 Jn. 5:14, 16). Pedir es un gran privilegio. Juan 15:7 dice: “Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho.”

La oración que imparte vida debe ser hecha conforme a la voluntad de Dios. La verdadera oración no es aquella que procede de nuestra voluntad, sino aquella que procede de la voluntad de Dios, la cual ha

sido exhalada y luego estampada e impresa en nuestro ser. La verdadera oración es cuando Dios expresa Su voluntad a través de nosotros. No es fácil ofrecer una oración que imparta vida, debido a que debemos repudiar nuestra manera de proceder, nuestro deseo y nuestra preferencia. No hay muchas personas que pueden comenzar a ofrecer esta clase de oración de inmediato; se necesita mucha práctica.

*La oración que es conforme a la voluntad de Dio
indica que la persona que ora permanece
en la comunión de la vida divina y también en el Señor,
y por tanto, ella es verdaderamente uno con el Señor*

La oración que es conforme a la voluntad de Dios indica que la persona que ora permanece en la comunión de la vida divina y también en el Señor, y por tanto, ella es verdaderamente uno con el Señor (vs. 4-5). Para poder ofrecer una oración que imparta vida, debemos orar en la unión, mezcla e incorporación que disfrutamos con el Dios Triuno para poder estar en completa armonía con la voluntad de Dios. Esto requiere coordinación y colaboración con el Dios Triuno.

Mateo 18:19 dice: “Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por Mi Padre que está en los cielos”. Este versículo también hace referencia a recobrar a un hermano que peca. Yo creo que las oraciones de atar y desatar, mencionadas en Mateo 18, son oraciones que imparten vida. Esta clase de oración requiere que seamos verdaderamente uno con el Señor.

*El saber mencionado en 1 Juan 5:15 está basado
en el hecho de que después de recibir la vida divina,
permanecemos en el Señor y somos uno con Él
en nuestras oraciones a Dios en Su nombre*

El saber mencionado en 1 Juan 5:15 está basado en el hecho de que después de recibir la vida divina, permanecemos en el Señor y somos uno con Él en nuestras oraciones a Dios en Su nombre (Jn. 15:7, 16; 16:23-24). En 1 Juan 5:15 se nos dice: “Si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho”. En la oración que imparte vida sabemos que Él oye en cualquier cosa que pidamos y que tenemos las peticiones que le hayamos hecho. No debemos confiar en nuestros sentimientos; en lugar de ello, debemos confiar en la Palabra de Dios y basarnos en ella. Apocalipsis 12:11 dice: “Ellos le han vencido por causa de la sangre del

Cordero y de la palabra del testimonio de ellos”. Actualmente, hay un testimonio en nosotros y un testimonio fuera de nosotros. Debemos unir estos dos testimonios por medio de la fe. Necesitamos decir: “Cree-mos que somos uno con Él”. En determinado momento necesitamos olvidarnos de todo y decir: “Yo creo”. Esto honra a Dios. En lugar de revolcarnos en nuestras emociones, necesitamos confiar en la Palabra de Dios y basarnos en ella, diciendo: “Yo creo en la sangre y creo en la Palabra de Dios. Soy uno contigo, Señor Jesús”.

En 1 Juan 5:16 el sujeto de la frase pedirá y le dará vida se refiere a la misma persona, o sea, a aquel que ve a su hermano cometer pecado y hace petición a favor de él

En 1 Juan 5:16 el sujeto de la frase *pedirá y le dará vida* se refiere a la misma persona, o sea, a aquel que ve a su hermano cometer pecado y hace petición a favor de él. Aquel que pide por su hermano, por ser alguien que permanece en el Señor y es uno con Él (1 Co. 6:17), se convierte en el medio, el canal, por el cual el Espíritu vivificante de Dios otorga vida al hermano por el cual oró. Esto está relacionado con la ministración de la vida en la comunión de la vida divina.

Algunas escuelas de interpretación dicen que en 1 Juan 5:16 “pedirá” y “le dará vida” se refieren a dos personas diferentes. Ellos dicen que “le dará vida” se refiere a Dios. Finalmente, es Dios quien da vida, pero en estos versículos aquel que da vida es la misma persona que la que pide. Aquel que ora y pide es el mismo que da vida. Éste es un principio espiritual muy importante. Si no pedimos, tampoco podremos dar vida. Ésta es la manera en que Dios obra. Él no nos usará como dadores de vida sustitutos. Debemos pedir para que la vida pueda fluir de nosotros hacia el miembro por el cual estamos pidiendo. La vida fluirá hacia ese miembro debido a que hemos pedido y debido a que lo hemos hecho conforme a la voluntad de Dios, ya que Su voluntad es que se fluya vida a ese miembro.

En 1 Juan 5:16 se nos dice: “Si alguno ve a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y le dará vida”. El hecho de que Juan utilice el pronombre *su* y no el artículo indefinido *un* para modificar a *hermano*, es muy significativo. Esto significa que el hermano que ve es tan cercano al hermano que peca, que está unido a él. No debemos proceder con parcialidad, pero por la soberanía y arreglo de Dios todos tenemos “nuestros hermanos” en la vida de iglesia. “Su

hermano” significa un hermano en particular a quien ama y con el que guarda una relación.

En la vida de iglesia hoy en día necesitamos pedir más y dar vida a los miembros más cercanos a nosotros. Nuestra vida de iglesia no debe limitarse a ir a las reuniones indiferentemente. Todos necesitamos tener “nuestros hermanos”. No obstante, no debemos escoger o seleccionar. El Señor ha puesto a determinados hermanos con nosotros, y debemos amarnos, cuidarnos, nutrirnos y apreciarnos los unos a los otros. Entonces, cuando veamos algo, incluso un pecado, necesitamos orar el uno por el otro. Dios no le pedirá al azar a determinado hermano al otro lado de la tierra, para que ore por el hermano que está más cercano a nosotros. Somos nosotros quienes debemos orar por él. No debemos ser estrechos en nuestro interior, estrechos en nuestros afectos (2 Co. 6:12). Debemos amar de tal manera que aun vayamos de rodillas delante del Señor para pedir por nuestro hermano. Dios honrará esta clase de petición y nos usará para dar vida a nuestro hermano. Esto es algo grande. En principio, todos necesitamos hacer esto.

El punto crucial consiste en que si queremos orar en beneficio de un hermano conforme a lo descrito en 1 Juan 5:16, tenemos que ser uno con el Señor

El punto crucial consiste en que si queremos orar en beneficio de un hermano conforme a lo descrito en 1 Juan 5:16, tenemos que ser uno con el Señor (Jn. 15:7).

Si hemos de ser aquellos que dan, imparten, vida a los demás, es indispensable que permanezcamos en la vida divina, que vivamos y andemos en ella, y tengamos todo nuestro ser en la vida divina

Si hemos de ser aquellos que dan, imparten, vida a los demás, es indispensable que permanezcamos en la vida divina, que vivamos y andemos en ella, y tengamos todo nuestro ser en la vida divina (1 Jn. 1:1-7). Si hemos de ser aquellos que pueden ofrecer oraciones que impartan vida, no podemos morar en Cristo esporádicamente. Necesitamos vivir, andar y tener todo nuestro ser en Cristo, para que en cualquier momento podamos ofrecer una oración que impartiera vida.

De nuevo, la oración mencionada en 1 Juan 5:14-20, a diferencia de la oración mencionada en Jacobo 5:14-16, no es principalmente para

buscar la sanidad divina, sino para dar vida. La oración en 1 Juan 5 también rescatará de la muerte el cuerpo físico de uno que peca. La acción de dar vida espiritual puede afectar aun el cuerpo físico. Sin embargo, el énfasis aquí no es sanar, sino dar vida.

**Únicamente aquellos que son profundos en el Señor
podrán tener la experiencia descrita en 5:14-17**

Únicamente aquellos que son profundos en el Señor podrán tener la experiencia descrita en 5:14-17. Esto no es para creyentes nuevos y superficiales, y que no permanecen en el Señor. Al menos, todos podemos anhelar ser profundos. No debemos sentir temor de ser profundos. Debemos orar: “Señor, por esta causa, hazme profundo”. En el recobro del Señor necesitamos desesperadamente más santos profundos.

*Tenemos que experimentar y disfrutar la vida eterna
que se halla en nuestro interior,
y tenemos que ministrar esta vida al ser canales
mediante los cuales la vida eterna fluye
a otros miembros del Cuerpo*

Tenemos que experimentar y disfrutar la vida eterna que se halla en nuestro interior, y tenemos que ministrar esta vida al ser canales mediante los cuales la vida eterna fluye a otros miembros del Cuerpo. No somos la fuente de la vida eterna, pero como canales, somos importantes. En la vida de iglesia actual, tales canales son poco comunes. Necesitamos orar: “Señor, hazme un canal”.

*Si hemos de ser un canal por medio del cual la vida eterna
fluye a los demás, debemos ser profundos en el Señor
y debemos conocer lo que está en el corazón del Señor
al estar nosotros colocados en Su corazón*

Si hemos de ser un canal por medio del cual la vida eterna fluye a los demás, debemos ser profundos en el Señor y debemos conocer lo que está en el corazón del Señor al estar nosotros colocados en Su corazón (Sal. 25:14; Gn. 18:17, 22-33; Am. 3:7). Salmos 25:14 dice: “La comunión íntima de Jehová es con los que lo temen”. Amós 3:7 dice: “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a Sus siervos los profetas”. Si no tenemos intimidad en la incorporación que disfrutamos con el Dios Triuno, no podremos conocer los secretos del

Dios Triuno. Por tanto, necesitamos morar en Él para ser uno que da vida.

Génesis 18 nos habla de la historia de Abraham, un amigo de Dios, uno que era íntimo con Dios, quien hizo una oración crucial por causa de la salvación de su sobrino Lot, quien estaba viviendo en Sodoma. Cuando Jehová y Sus ángeles iban en camino para ejecutar el juicio sobre Sodoma y Gomorra, Jehová dijo: “¿Encubriré Yo a Abraham lo que voy a hacer? (v. 17). Es sorprendente que Dios considerara a un hombre de esta manera. Dios en realidad deseaba salvar a Lot, pero necesitaba un canal para hacer conocer Su voluntad. Dios no dijo nada audiblemente acerca de su deseo, pero en Su corazón habló a Abraham. Al final de esa larga conversación en el corazón de Jehová, Abraham permaneció de pie delante de Jehová, morando en Su presencia (v. 22). La verdadera oración consiste en conversar con Dios, y no es que nosotros hablamos, sino que es Dios quien lo hace. La verdadera oración conforme a la voluntad de Dios se efectúa cuando Dios habla en nuestro hablar y ora en nuestra oración. Dios salvó a Lot, porque Abraham oró de esta manera.

En 1 Juan 5:16-17 se menciona el pecado de muerte. No debemos asustarnos o sentirnos amenazados, sino que debemos ver que existe semejante cosa llamada pecado de muerte. Que un pecado sea de muerte no depende de nuestra consideración o determinación, sino de acuerdo con la de Dios. Un pecado de muerte es probablemente un pecado que atenta contra el gobierno divino de Dios en la comunión de vida. Esto trae el juicio de Dios, que es conforme a la condición y posición de un miembro particular del Cuerpo. Éste es un asunto muy serio. Dios no permitió que Moisés entrara en la buena tierra, no porque hubiese cometido un pecado inmoral, sino porque golpeó la roca dos veces y Dios le había dicho que le hablara a la roca (Nm. 20:8-12; Dt. 1:37; 3:26-27; 32:48-52). Lo mismo ocurrió con Miriam y Aarón (Nm. 12:1-15; 20:1, 23-29). Debido a que Ananías y Safira mintieron al Espíritu Santo, murieron de forma instantánea enfrente de los apóstoles, en Hechos 5:1-11. Debido a que algunos de los creyentes corintios no discernían el Cuerpo y participaron de la mesa del Señor indignamente, ellos también murieron físicamente (1 Co. 11:29-30). Necesitamos ser cuidadosos. Existen muchos pecados que no son de muerte, pero ciertos pecados son de muerte. Juan dice que debemos orar por aquellos que pecan, pero no por aquellos que cometen pecados de muerte. Éste es un asunto extremadamente serio. Cuando oramos por

alguien, debemos discernir en nuestro espíritu si esta persona ha cometido un pecado de muerte. Entonces, debemos orar de una manera diferente.

En conclusión, necesitamos aprender cuatro cosas. Primero, necesitamos ver que el pecado es un problema aun en la vida de iglesia y que ciertos pecados son muy serios a los ojos de Dios. Nunca debemos ser negligentes o descuidados. Temo por aquellos que se han rebelado en el recobro del Señor. Tocar el gobierno de Dios es un asunto muy serio. Segundo, necesitamos aprender a ser profundos en el Señor, a ser absolutamente uno con Él en la comunión divina. Tercero, necesitamos conocer el corazón de Dios, Su voluntad. Cuarto, necesitamos tener un pleno discernimiento respecto al tipo de pecado que ha cometido un hermano y respecto a la condición y posición de ese miembro del Cuerpo en particular.

Ésta no es una palabra elevada, pero es muy necesaria. Creo que el Señor nos ha hablado. Que nos levantemos para ser el testimonio de Dios y ser los que dan vida, para que muchos más puedan creer, conocer y recibir el beneficio de la vida eterna que ha sido dispensada e impartida en ellos. Todo esto es para la edificación del Cuerpo del Señor, la realización de Su propósito y el cumplimiento de Su economía.—M. C.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

El verdadero Dios como la vida eterna, y los siete resultados de los siete misterios hallados en la Primera Epístola de Juan (Mensaje 12)

Lectura bíblica: 1 Jn. 2:12-14; 4:4; 5:4-5, 18, 20-21;
2 Jn. 7, 9-11; 3 Jn. 9-10

- I. El Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer a Aquel que es verdadero, el Dios genuino y real—1 Jn. 5:20:
 - A. Este entendimiento es la facultad de nuestra mente después de ser iluminada y fortalecida por el Espíritu de realidad, para que comprenda la realidad divina en nuestro espíritu regenerado—Ef. 4:23; Jn. 16:12-15.
 - B. El *conocer* mencionado en 1 Juan 5:20 es la capacidad de la vida divina para conocer al verdadero Dios en nuestro espíritu regenerado mediante nuestra mente renovada, que ha sido iluminada por el Espíritu de realidad—Jn. 17:3; Ef. 1:17.
 - C. En 1 Juan 5:20 *Aquel que es verdadero* —o el Verdadero— se refiere a Dios quien llega a ser subjetivo para nosotros, esto es, al Dios que es objetivo, pero que llega a ser el Verdadero en nuestra vida y experiencia:
 1. El Verdadero es la realidad divina; conocer al Verdadero significa conocer la realidad divina como resultado de experimentar, disfrutar y poseer esta realidad.
 2. Esto indica que la realidad divina —Dios mismo, quien anteriormente era objetivo para nosotros— ha llegado a ser nuestra realidad subjetiva en nuestra experiencia—v. 6.
 - D. Estar en Aquel que es verdadero es estar en Su Hijo Jesucristo—v. 20:
 1. Esto indica que Jesucristo, el Hijo de Dios, es el verdadero Dios.